
CAPITULO IX.

De la enorme maraña que resultó de la aventura de D. Pero Nuñez de Lara.

Estaba la reina en una torre fuerte del castillo, en su estrado, rodeada de sus damas y de sus menimas y servida por sus esclavas, hermosa sobre todo encarecimiento, y ansiosa porque la aquejaba la comezon de premiar á D. Pero Nuñez por la alta hazaña á que habia dado próspero fin y remate, procurando dineros que bien los habia menester al rey D. Alfonso VI, y enviándole como trofeo cuatro sangrientas cabezas de moros.

Entró el paje que la carta del Cid llevaba, y que fuera de la cámara habia dejado esperando á D. Pero Nuñez, arrodillóse ante la reina y la dió la carta.

Leyóla para sí la reina y murmuró:

—Cosas tiene el Cid que no son para sufridas, y vive Dios que vasallo como él por señor hay que tenerle más que por súbdito; pero su voz es la que se oye, y puesto que Dios este rey nos ha dado, obedezcámosle y aún agradezcámosle el que en alguna manera nos honre y nos acate: y al principio se hacen los panes tuertos ó derechos; que si cuando al rey mi señor pidió en Santa Gadea el humillante juramento de que no habia tenido parte en la muerte de su hermano, el rey le descabezara, de este fiero vasallo nos veríamos libres y no irian las cosas peor que van, que en Dios y en mi ánima el rey D. Alfonso el VI, no ha menester del Cid sino para sufrirle.

Habíase descompuesto un tanto la reina por la altivez que de la carta del Cid rebosaba, y por el mandato que en ella venia agravado por la amenaza de desnaturalizacion en caso de desobediencia.

Hizo por serenarse.

Consiguiólo, y mandó al paje trajese á D. Pero Nuñez, el cual habiendo entrado arrodillóse ante la reina y la besó las manos.

Mandóle ésta se alzase y le contase sin ocultarla nada, lo que le habia pasado.

Atentas estaban las damas, y aún las jóvenes meninas, y aún las miserables esclavas, y á más de una de aquellas hermosas doncellas la latía el corazón enamorado, que aparecía ante ellas joven, hermoso y gentil el caballero, y la hazaña que había llevado á cabo le daba para ellas un cierto poder que aumentaba su hermosura.

No era D. Pero Nuñez hombre que mintiese, y aun se le hacía cuesta arriba y trabajoso el contar lo que en su corazón pasaba delante de tanta hermosa dama, y aunque por ciertos antecedentes que tenía, y aún por esa vanidad de que nadie está exento, sabía que á alguna de aquellas damas habían de saberle amargo sus amores por Giazul, contólo todo sin dejar un tilde, y aun aquello de que lo que no había logrado el peligro había logrado el encanto de la mora, esto es, que se volviese sin proseguir en sus aventuras.

Oyóle atentamente la reina y díjole:

—Pues si de leal os preciais y tan leal sois, como bravo, que me traigais quiero esa doncella mora que yo la tomaré á mi servicio, y no como cautiva la he de tratar; y aquí la instruirá uno de los prelados que en la corte vienen, en los misterios de nuestra santa religión, y bautizaremosla, y ya que tanto la amais, con ella os

casaremos y os haremos mercedes que vuestro estado aumenten; y esto será no embargante que el Cid os haya puesto en prisión que esta noche y recatadamente el rey enviará á quien de la prisión os saque en secreto, de tal manera que en lo que quede de noche vayais por la mora y os la traigais, y en vuestra prisión esteis cuando amanezca; y guardad todos el secreto, mis doncellas, mis meninas, y mis esclavas, y que esto no se sepa, que lo tomaré á grande enojo.

Cubrióse de sudor frío el mísero D. Pero Nuñez, más aún que si ante él, á caballo y armado viera una legión de vestiglos, al ver la trabacuenta que se le venía encima, y de la cual no se le alcanzaba cómo podía salir; y habiéndole despedido la reina, arrodillóse otra vez, besóla las manos, alzóse, hizo acatamiento á las damas, y partióse á la posada del Cid, á quien contó lo que acontecía, y el Cid le dijo:

—No os importe eso, que ya haré yo de modo como salgamos de este aprieto, y ahora idos con el alcaide de mis escuderos, que él ya sabe lo que ha de hacer y esperad sin zozobra á que la noche medie.

Fuese con Pero Cantueso de la Redondela D. Pero Nuñez.

Llevóle aquel á una fuerte torre del muro,

tomóle la espada y el hacha, y en un estrecho calabozo encerróle, aunque no se le pusieron prisiones, ni se hizo con él nada que le humillase.

En esto, y como era verano, faltaba ya muy poco para la media noche, y tan poco, que apenas tuvo tiempo la reina para pasarse á la cámara del rey y decirle: que el Cid habia preso á D. Pero Nuñez de Lara, y que prendiéndole le impedía cumplir una palabra empeñada, lo cual era en desdoro del honor castellano, porque podian muy bien creer los moros que D. Pero Nuñez faltaba á su palabra, de miedo, y que así habria muchos caballeros en los reales.

Otro sí que no yendo no podia traerse á la hermosísima mora, por conocer á la cual ella se perecia.

Por todo lo qué, rogaba á su muy caro esposo y señor, al Cid llamase y le mandase soltar á D. Pero Nuñez y no empecerle el proseguimiento de su aventura.

—¿En dares y tomares quereis meterme á mí con el Cid, señora,—dijo Alfonse VI,—sin acordaros que siempre que frente á él me pongo perdiendo salgo? y aún me escuece aquello de Santa Gadea, y por mi ánima que no quisiera sufrir otra vez las altanerías de este buen vasa-

llo, que si bien nos sirve, bien nos hace pagarle sus servicios; y no digo que plegue á Dios que una lanza de moro de él me liberte, porque ni eso seria noble ni cristiano; pero, en fin, tan grande puede ser un vasallo que el peso de su lealtad nos agobie y nos haga andar corcobados y con pena, y puesto que vos me amais, señora, escusadme un empeño con el Cid; y si tal hambre teneis de conocer á esa hermosísima doncella, de la cual se ha prendado nuestro vasallo D. Pero Nuñez, á quien en mal hora se le antojó meterse en tierra de moros, yo iré por ella y lo tendré por más barato; que no ha de decirse que á lo que se atreve uno de mis caballeros no me atrevo yo; y doncella mora tendreis hasta que os la tenteis, señora, y D. Pero Nuñez seguirá preso y yo me ahorraré de un desabrimiento con el Cid, que tantos he sufrido ya, que me va faltando la paciencia y temo no lo eche un dia todo á barato y véamos quién es aquí el rey y quién el vasallo.

Asustóse la reina cuando vió que el rey su señor, á quien grandemente amaba, iba por darla gusto y por no tener un disgusto con el Cid, á ponerse en peligro y volvióse atrás, y dijo que á ella no la importaba gran cosa el ver á la doncella mora ó quedarse sin verla, y que allá se

estuviese en su casa y D. Pero Nuñez en su prison, y que ella no habia dicho nada.

—Pues, entonces, señora, quédese la cosa como se está,—dijo el rey,—y retiraos á descansar, que cuando trasnochais amanecéis pálida, y cuando os veo pálida me asusto, que me parece que voy á perderos y no lo puedo sufrir.

Retiróse la reina cabizbaja y mohina, que brantado su deseo de conocer á la mora y ofendida su altivez viendo que el rey repugnaba el meterse en dares y tomares con el Cid y acostóse y no se durmió.

Y para Alfonso VI, aquello de estarse las cosas como se estaban, era no haber dicho nada, porque las cosas que se estaban entonces era el propósito que el rey se habia hecho de salirse secretamente á caballo y armado de sus reales, y llegarse al sitio donde Abdel (que todo se lo habia contado la reina) debia esperar á la media noche á Pero Nuñez de Lara, y obligarle á que le llevase allí donde Giazul esperaba á su enamorado, y una vez allí, á coste y costa, arremeter á la mora, ponerla en el caballo, pasar el rio, volverse á rienda suelta á los reales y dar gusto á la reina de su alma, presentándola cautiva á la mora que tanto deseaba conocer.

Así, pues, y como ya se iba acercando la me-

dia noche, llamó á un su escudero en quien tenia gran confianza, y díjole:

—Hijo Perafan de Viedma, enjaezadme de batalla un corcel fuerte que pueda hacerse en una hora dos leguas y soportar un peso de seis á siete arrobas, que bien puede ser que pese tanto, á más del mio y de las bardas, y venid á armarme, y esto sea luego, y quitad los guardas del postigo del alcázar que dá al campo, á fin de que yo pueda salir sin ser visto de persona, y vos guardad el secreto, so pena de mi ira.

Hízose como el rey lo habia mandado, y de allí á poco, Alfonso VI, cabalgando en un poderoso corcel, tomaba la adarga y la lanza de mano de Perafan de Viedma, y le decia:

—Ahora, hijo, quedaos allí junto al postigo, y esperad á que yo vuelva, que mi vuelta será antes de que Dios amaneciére.

Y esto lo decia Alfonso VI, que era todavía mozo, con la misma seguridad que si todo lo hubiera tenido guisado y cocido y servido á la mesa.

Cerróse el postigo.

Arrimó el rey los acicates al caballo, que partió como una exhalacion en demanda de la frontera enemiga, y, mientras corria, el rey murmuraba:

—No han de decir los moros, que los caballeros cristianos se espantan del peligro, ni ha de quejarse el Cid de que yo no le dejo gobernar prudentemente mi hueste, ni la reina, mi señora y mi alma, se ha de quedar sin que su gusto se cumpla.

Y en este punto, y como aún el rey no se había separado mucho de la ciudad, oyó que en la ciudad tocaban al arma, y que todas las campanas tañían á rebato, ni más ni menos que si una innumerable morisma sobre la ciudad hubiera caído; y como el campo estaba en un profundo silencio, que no se oía otra cosa que acá y allá un ladrido de perro de alquería, dió el rey en lo que era, y adivinólo, y no se engañó.

Y era que el Cid se había puesto en lo cierto y había dicho:

—El rey mi señor, que es aventurero como él solo, y por las aventuras se desvive, en cuanto sepa por la reina, mi señora, que lo sabrá, lo que hay, no queriendo traspuntarse conmigo mandándome que suelte á D. Pero Nuñez, tomará sobre sí la empresa, y allá irá temerariamente á cumplir lo que él cree no puede cumplir D. Pero Nuñez. Pues allá lo veredes, como dijo Agrajes, que sin que parezca mi intento, no será el rey el que esta noche salga de los reales.

Y sin detenerse un punto, el Cid mandó que todas las trompas y todas los atabales y todos los añafles del ejército tocasen al arma, y á rebato todas las campanas de las iglesias, y de los conventos, para que de esta manera el rey tuviese que presentarse entre sus caballeros, que luego, para justificar la falsa alarma, no faltaría pretexto.

Y al mismo tiempo el Cid mandó á dos escuderos suyos encubertasen dos caballos, y le armasen á él y pusiesen sobre el otro caballo un arnés y una lanza, y se eñó su invicta Colada, y con un escudero que llevaba el caballo con las armas para D. Pero Nuñez del diestro, salióse silenciosamente de la ciudad, y fuese al postigo de la torre donde estaba preso, D. Pero Nuñez.

El alcaide de la torre que estaba junto al postigo en llamando el escudero del Cid, abrió y salió D. Pero Nuñez, que estaba prevenido.

El escudero del Cid armó á D. Pero Nuñez, y este cabalgó, y luego el escudero se metió por el postigo, y el postigo cerróse.

Agujaron el Cid y D. Pero Nuñez, en busca del Henares.

Pero el rey les había ganado por la mano, y les llevaba mucha delantera.

En la ciudad todo era estruendo y tumulto, y despertar azorados los que dormían, y desojarse los guardas en las murallas, pretendiendo ver los enemigos y no los veían, aunque hacía una luna muy clara.

Solo habían visto los guardas, que por la parte por donde había escapado el rey primero, y después el Cid y D. Pero Nuñez estaban, el relucir á la luna primero del arnés de un ginete, y luego del de otros dos.

Esto no tenía nada de particular, porque podían muy bien ser corredores.

Juntáronse dentro de la ciudad escuadrones y compañías.

Pero ni parecían el rey ni el Cid.

Se les buscó, y todo era inútil.

Preguntábase en el alcázar á los camareros de su señoría y ninguno daba razón.

Preguntábase en la posada del Cid á sus escuderos, y todos se callaban, no sabiendo qué contestar, por que el que hubiera podido decir algo, estaba conminado con amenaza de horca, y no hablaba más que hubiera hablado un poste.

Ocurriósele á alguno aquello de las minas de los moros.

Sabido es que no había ciudad ni fortaleza

mora que no tuviese salida á largas distancias al campo por medio de minas.

¿No podía, pues, suceder muy bien, que valiéndose los traidores moros de minas que á dar fuesen por la parte de la ciudad al alcázar y á la posada del Cid, los hubiesen sorprendido durmiendo y se los hubiesen llevado?

Por gordo y difícil que esto pareciese, túvose si nó por cierto, á lo ménos por probable, visto que ni el rey ni el Cid parecían.

Y la reina, que pudiera haber tirado de la manta, no tiraba de ella, sino que teniendo por seguro que cada uno de por sí sin decírselo al otro, su marido y el Cid, se habían ido á la aventura de la mora, decía que si, que minas debía de haber, y que por ellas sin duda se habían llevado los perros infieles al Cid y á su marido.

A lo que decía el formidable conde D. Peranzules desde todo lo alto de su amor propio:

—Y si al rey mi señor y á D. Ruy Diaz se han llevado por dejar huérfana de caudillo la hueste, ¿cómo no me han llevado á mí?

—Porque sin duda en vuestra casa no hay mina respondió.

A lo que Albar Fañez saltaba también desde lo alto de su vanidad:

—Pues tampoco debe haber mina en la mia.

Y saltaba Diego Ordoñez de Lara:

—Por lo tanto, en mi posada tampoco hay mina.

Como que les daba vergüenza á aquellos tremendos caballeros de no haber sido robados, porque esto lo tenían como á menosprecio.

—No nos detengamos, caballeros, en disputar si en vuestras casas hay minas ó no las hay, —dijo la reina; sino que todos, y yo delante de vosotros, á buscar al rey nos vamos. Y ha de ser hácia la parte del Henares, á donde hay una alquería por junto á un vado.

La reina sabia bien á dónde queria ir, y aunque estaba cuidadosa, consolábase que apenas si era la media noche, y por tales tenia á su marido y al Cid que creia que bien se podrian tener una hora ellos solos contra toda la gente de la alquería mora, por mucha que fuese.

Así, pues, cabalgando la reina en un palafren, que no hubo quien se lo impidiera, más hermosa con el capacete con que se cubrió los rubios cabellos y la coracina con que cubrió su relevado seno, se ordenó la hueste, y la gente de á caballo delante y los peones detrás, allá se fué

como una inundacion hácia el Henares, guiada por un adalid á caballo que avanzaba á la ventura de Dios, porque no eran solo una alquería, ni solo un vado los que habia en el Henares por la parte de la frontera.